

AGENDA CIUDADANA

LA AGENDA CON ESTADOS UNIDOS

Lorenzo Meyer

Un Punto de Partida.- Entre la variedad de cosas que nos están haciendo falta como país, hay una que en la vida cotidiana de muchos podría parecer secundaria pero que, en realidad, es particularmente relevante, pues directa o indirectamente nos afecta, y mucho, a todos: discutir y llegar a conclusiones en torno a la naturaleza del proyecto mexicano frente a la superpotencia que el destino nos dio como vecino: Estados Unidos. Esto, junto con otro puñado de asuntos --la falta de dinamismo de la economía, la ingobernabilidad creciente, la destrucción del medio ambiente y la polarización regional y social (ninguno de ellos ajeno a la relación México-Estados Unidos)— debería de ser el corazón de la discusión pública ahora que, queriéndolo o no, ya se entró de lleno en la campaña presidencial.

Un buen punto de arranque en torno a la naturaleza de la relación con Estados Unidos, pueden ser los documentos que publicó en seis volúmenes hace 17 años, la “Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos” (COFURME). Se trató de una organización no gubernamental, binacional, constituida por “ciudadanos destacados” de los dos países en 1986 –sus copresidentes fueron Rosario Green y el profesor Peter Smith--, que con el apoyo de la Fundación Ford y al margen de sus respectivos gobiernos pero con el conocimiento y consentimiento de ambos, se embarcaron en un proyecto de carácter político-académico tan ambicioso como necesario entonces y ahora: elaborar un diagnóstico del estado que guardaba la desigual y compleja relación entre los dos países vecinos, proponer los caminos a seguir para resolver o manejar mejor los problemas comunes y así sacar el mayor beneficio de su multiplicidad de relaciones.

Teniendo en mente las posibilidades que abría el calendario electoral en 1988 tanto en México como en Estados Unidos —sendas elecciones presidenciales en ambos países—, la COFURME se propuso, primero, llevar a cabo una serie de reuniones destinadas a identificar los puntos más importantes en la agenda bilateral para luego encomendar a especialistas la elaboración de monografías que, finalmente, sirvieran de base para un informe que resumiera los hallazgos y los pusiera “a la consideración de los presidentes electos de ambas naciones”.

Las áreas seleccionadas fueron cinco: cultura, economía, migración, narcotráfico y política exterior. El resultado fueron 48 trabajos de especialistas, presentados y discutidos en una docena de talleres que, finalmente, se recogieron en 1988 en cinco libros que sirvieron para elaborar un sexto con la visión general.

El ejercicio del COFURME tuvo un valor académico que aún perdura. Su valor práctico, su pretensión de influir en los responsables de tomar las decisiones que darían forma a la relación bilateral del futuro, es más difícil de calibrar, pues nadie puede decir con certeza hasta que punto las administraciones de los presidentes George Bush y Carlos Salinas usaron estas ideas para elaborar sus respectivas políticas. De lo que no hay duda es que la élite política, al menos la mexicana, si tuvo conocimiento de ellas.

El núcleo del esfuerzo intelectual de esta comisión fue claro e importante: para enfrentar de la mejor manera la pluralidad de problemas derivados de una relación tan peculiar como la que mantienen desde hace casi dos siglos México y Estados Unidos —en ningún otro lugar del planeta es más evidente la asimetría de poder entre dos naciones que comparten frontera— es necesario dar un enfoque bilateral a la problemática de su relación —al examen de las coincidencias y contradicciones de intereses. La pretensión de

buscar respuestas unilaterales a los problemas, incluso por parte del más fuerte, simplemente no conduce a la mejor solución posible para cada una de las partes.

Estas propuestas y estos resultados pueden servir de punto de partida para la revisión actual de esta relación bilateral, tarea que ya está haciendo otra organización binacional patrocinada por el Council on Foreign Relations: el Comité de Trabajo sobre el Futuro de América del Norte, copresidido por Pedro Aspe y William F. Weld, ex subprocurador general de Estados Unidos. Pero veamos las cinco áreas originales.

Economía.- Hace veinte años, en el aspecto económico, la nota dominante y urgente de solución en México, era el problema de su deuda externa. Apenas se estaba haciendo evidente que la crisis de insolvencia que había estallado en 1982 no era un asunto pasajero sino el penoso final de un modelo de desarrollo basado en la protección y el activismo estatal. Hoy, la deuda externa mexicana es un asunto manejable, pero el país sigue sin dar con la verdadera solución al problema planteado en 1982. La COFURME no imaginó la posibilidad de una integración económica entre México y Estados Unidos, misma que se institucionalizó tras la firma del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) en 1993. Pese a lo audaz, el tratado no desembocó, como suponían sus arquitectos, en la reanudación del proceso mexicano de crecimiento y desarrollo económico que era esencial para el país. Al contrario, hay quien sostiene que el TLCAN, tal y como se concibió, no puede ser la palanca de desarrollo que se prometió y que, en cambio, sí ha dado como resultado indeseado una mayor desigualdad regional en México.

El total del comercio entre México y Estados Unidos, que en 1994 era de 106 mil millones de dólares, para 2004 ascendía ya a 275 mil millones, es decir, un 159% más. A raíz del TLCAN también aumentó de manera consistente la inversión directa norteamericana en México y en el 2004 alcanzó la cifra acumulada de 90 mil millones de

dólares, es decir, 18.4 veces el valor que había tenido diez años atrás. Sin embargo, el crecimiento del PIB mexicano en ese mismo período fue relativamente bajo: 2.9% anual, en promedio, lo que, en términos per cápita, se redujo a 1.6%, en el mejor de los casos. En suma, el crecimiento mexicano no corresponde a la sorprendente intensidad de la relación económica con Estados Unidos.

Es evidente que el TLCAN no resultó para México el gran instrumento de crecimiento que se supuso. Actualmente, no hay cuestión social más aguda que la falta de dinamismo económico, cuyo estancamiento relativo ya se prolonga por 23 años. Pero solucionar este problema fundamental no es un asunto que afecte sólo a México, pues tener una economía viable y dinámica al sur del Río Bravo sería un gran refuerzo a la estabilidad de la enorme frontera –interés fundamental de Estados Unidos-- y atacaría la raíz de un problema muy irritante y central en la relación México-Estados Unidos: la migración.

Migración.- En los años ochenta del siglo pasado ya se pudo ver el fenómeno del ingreso no documentado de mexicanos a Estados Unidos, no sólo como una dificultad económica sino también política, social y cultural. Se reconoció entonces que la expulsión de trabajadores en México estaba ligada al factor de atracción en Estados Unidos, y que por tanto requería de una solución bilateral que implicaba, entre otras cosas, conseguir un crecimiento económico sustantivo y sostenido en las zonas de expulsión en México. Es hoy evidente que nuestro país no ha logrado crear empleos formales y aceptablemente bien remunerados a la velocidad que lo demanda su crecimiento demográfico (que si bien ha disminuido, aún requiere de la creación de mas de 1.3 millones de puestos de trabajo anuales), al punto que hoy el 17% de la fuerza de trabajo mexicana se encuentra en Estados Unidos, pero una parte importante en calidad de indocumentada –al menos 5 millones-- y, por tanto, en condiciones que deben de ser vistas como inaceptables por los dos países (el

costo personal de ser indocumentado, está bien captado en el artículo de Anthony DePalma en *The New York Times*, del 26 de mayo pasado). Hoy, la posibilidad de un acuerdo bilateral en torno al tema migratorio parece seguir siendo muy escasa, pues en Estados Unidos las fuerzas que podrían apoyarlo son menos fuertes que aquellas que se oponen y eso se refleja en su Congreso. Sin embargo, tampoco es posible para Estados Unidos intentar una solución unilateral realista, como pretenden algunos, mediante la erección de mayores barreras físicas y un incremento de los efectivos de la Border Patrol. Es indispensable encontrar el camino de acciones bilaterales en este tema.

Narcotráfico.- El tema del narcotráfico era prioritario en la agenda política norteamericana en 1986. El debate se centraba entonces en llevar a Estados Unidos a reconocer las dos caras de la moneda: por un lado la oferta de drogas que se producían en México o que usaban al país como paso al mercado del norte, y por el otro, la demanda de drogas en Estados Unidos. Hoy ya está aceptada la doble naturaleza del problema, pero se sigue sin encontrar una solución efectiva. La violencia ligada al narcotráfico ha rebasado la capacidad del gobierno mexicano para controlarla, y el consumo de drogas ya no es sólo un fenómeno norteamericano sino que se extiende cada vez en el ámbito mexicano, lo que contribuye, entre otras cosas, a la persistencia de un alto grado de inseguridad y corrupción en la vida administrativa y política mexicana.

Política Exterior.- Por lo que se refiere al área de la política exterior, en 1986 se vivían los últimos momentos de la Guerra Fría. En 1986 aún estaban vivos los desacuerdos en las políticas de México y Estados Unidos frente a Cuba y Centroamérica. Ese desacuerdo, se dijo entonces, era imposible de evitar pero se debía de administrar e impedir que desembocara en el choque directo. En la actualidad, la Guerra Fría ya es historia, Estados Unidos es hoy la única superpotencia pero ya ha entablado una nueva guerra

global, esta vez contra el terrorismo, y ya hay nuevos desacuerdos, como bien se vio en 2003, cuando afloraron las diferencias entre México y Estados Unidos en el Consejo de Seguridad de la ONU a raíz de la acción que el segundo tomaría contra Irak y que el primero encontró inaceptable por su carácter unilateral.

Cultura.- Por lo que se refiere al área cultural --un universo enorme y complejo— el COFURME se centró en un tema muy concreto: los estereotipos que de una sociedad habían florecido en la otra y como limar sus peores aspectos. Hoy, los estereotipos persisten y el de los mexicanos en Estados Unidos se ha agudizado, al punto que el influyente profesor de Harvard, Samuel P. Huntington, ha definido como peligro mortal para los valores norteamericanos, el crecimiento de la minoría “hispana” donde los mexicanos son dominantes.

La Agenda Actual. Ha corrido mucho agua bajo el puente de la relación México-Estados Unidos desde que la COFURME se planteó el examen global de la agenda bilateral entre los países vecinos, pero los cinco grandes temas planteados hace casi dos decenios siguen sin encontrar solución. Y no es que no haya habido intentos por resolverlos, sino que la complejidad de la relación ha sido mayor de lo que se imaginó. Destacan dos esfuerzos por mejorar el nivel de la relación, uno directo --el TLCAN— y otro indirecto --la democratización de México--, pero ninguno ha sido superior a su reto.

En la primera semana de septiembre del 2001 el presidente George W. Bush declaró que ninguna relación externa era más importante para Washington que la que se tenía con México. Una semana más tarde la situación había cambiado 180°. En efecto, tras el atentado de los islamistas radicales a blancos dentro de Estados Unidos, Washington cambió radicalmente las prioridades en su agenda y hoy el tema de la inviabilidad creciente de su vecino del sur le es absolutamente secundario.

En la coyuntura actual, es indispensable repensar y hacer explícitas las líneas generales de los proyectos de cada país y de su implicación respecto del otro. Sobre todo, hay que esforzarse por lograr el mejor resultado posible de sus coincidencias y un manejo respetuoso e imaginativo de sus varias e inevitables diferencias.